



## XVIII

### Entre los bandidos

Manuela, apasionada del Zarco y por lo mismo ciega, no había previsto enteramente la situación que la esperaba, y si la había previsto, no se había formado de ella sino una idea convencional.

Su fantasía de mujer enamorada é inexperta le representaba la existencia en que iba á entrar como una existencia de aventuras, peligrosas, es verdad, pero divertidas, romancescas, originales, fuertemente atractivas para un carácter como el suyo, irregular, violento y ambicioso.

Como hasta allí, y desde que se había soltado esa nueva plaga de bandidos en la tierra caliente, al acabar la terrible guerra civil que había destrozado



á la República por espacio de tres años, y que se conoce en nuestra historia con el nombre de Guerra de Reforma, no puede decirse que se hubiera perseguido de una manera formal á tales facinerosos, ocupado como estaba el Gobierno de la nación en luchar todavía con los restos del ejército clerical, Manuela no había visto nunca levantarse un patíbulo para uno de esos compañeros de su amante.

Al contrario, había visto á muchísimos pasearse impunemente por las poblaciones y los campos, en son de triunfo, temidos, respetados y agasajados por los ricos, por las autoridades y por toda la gente.

Si alguna persecución se les hacía, de cuando en cuando, como aquella que había fingido el feroz comandante, conocido nuestro, era más bien por fórmula, por cubrir las apariencias; pero en el fondo, las autoridades eran impotentes para combatir á tales adversarios, y todo el mundo parecía resignado á soportar tan degradante yugo.

Manuela, pues, se figuraba que esa situación, por pasajera que fuese, aun debía durar mucho, y que el dominio de los plateados iba consolidándose en aquella comarca. Además, era ella muy joven para recordar las tremendas persecuciones y matanzas llevadas á cabo contra los bandidos de otras épocas por fuerzas organizadas por el gobierno del Estado de México y puestas á las órdenes de jefes enérgicos y terribles, como el célebre Oliveros.

Eso había pasado en tiempos ya remotos, á pesar de que no habían transcurrido desde tales sucesos ni quince años. Por otra parte, las circunstancias eran diversas. En aquella época se trataba de perseguir á cuadrillas de salteadores vulgares, compuestas de diez, de veinte, á lo sumo de cuarenta bandidos, que se dispersaban al menor ataque y cuyo recurso constante era la fuga. Se estaba en una paz relativa, y podían las fuerzas organizadas de varios Estados concurrir á las combinaciones para atacar á una partida numerosa; las poblaciones y los hacendados ricos podían prestar sus auxilios, las escoltas recorrían constantemente los caminos, y hombres conocedores de todas las guaridas servían de guías, ó eran los perseguidores.

Pero ahora era diferente. Ahora el gobierno federal se hallaba demasiado preocupado con la guerra que aun sostenían las huestes de Márquez, de Zuolaga, de Mejía y de otros caudillos clericales, que aun reunían en torno suyo numerosos partidarios; la intervención extranjera era una amenaza que comenzaba á traducirse en hechos, precisamente en el tiempo en que se verificaban los sucesos que relatamos, y como era natural, la nación toda se conmovía, esperando una invasión extranjera que iba á producir una guerra sangrienta y larguísima, que, en efecto, se desencadenó un año después y que no concluyó con el triunfo de la República sino en 1867.



Todas estas consideraciones no podían venir al espíritu de la joven con la lucidez con que se presentaban á los ojos de las personas sensatas; pero ella oía hablar á las gentes serias que visitaban á doña Antonia, ó ésta le transmitía los rumores que circulaban, y aunque vagamente, como las gentes de la muchedumbre suelen resumir la situación pública, pero de un modo exacto, ella sacaba las consecuencias que le importaban para su vida futura.

Por lo demás, el estado que guardaban las cosas en la tierra caliente, era demasiado claro para que Manuela pudiera abrigar grandes temores por la vida del Zarco.

Lo cierto era que los *plateados* dominaban en aquel rumbo, que el gobierno general no podía hacerles nada, que el gobierno del Estado de México, entonces desorganizado, y en el que los gobernadores, militares ó no, se sucedían con frecuencia, tampoco podía establecer nada durable; que los hacendados ricos tenían que huir á México y cerrar sus haciendas ó someterse á la dura condición de rendir tributo á los principales cabecillas, so pena de ver incendiados sus campos, destruidas sus fábricas y muertos sus ganados y sus dependientes.

Lo cierto era que no se trataba ahora de combatir á cuadrillas de pocos y medrosos ladrones como aquellos á quienes se había perseguido en otro tiempo, sino á verdaderas legiones de quinientos, mil y dos

mil hombres que podían reunirse en un momento, que tenían la mejor caballada y el mejor armamento del país, que conocían éste hasta en sus más recónditos vericuetos; que contaban en las haciendas, en las aldeas, en las poblaciones con numerosos agentes y emisarios reclutados por el interés ó por el miedo, pero que les servían fielmente, y por último, que aleccionados en la guerra que acababa de pasar, y en la que muchos de ellos habían servido tanto en un bando como en el otro, conocían la táctica lo bastante para presentar verdaderas batallas, en las que no pocas veces quedaron victoriosos.

Así, pues, Manuela, á quien el Zarco había también instruido en sus frecuentes entrevistas acerca de las ventajas con que contaban los bandidos, acababa por disipar sus dudas, sabiendo que su amante pertenecía á un ejército de hombres valerosos, resueltos y que contaban con todos los elementos para establecer en aquella desdichada tierra un dominio tan fuerte como duradero.

De modo que, por una parte, con el impulso irresistible de su pasión, y por otra, convencida por todas las razones que le daban su amante y el temor de las gentes que la habían rodeado, acabó por confiarse resueltamente á su destino, segura de que iba á ser tan feliz como en sus sueños malsanos lo había concebido.

Pero, en resumen, Manuela, que no había hecho



más que pensar en los *plateados* desde que amaba al Zarco, no conocía realmente la vida que llevaban esos bandidos, ni aun conocía personalmente de ellos más que á su amante. Los había visto varias veces en Cuernavaca desfilar ante sus ventanas formando escuadrones; pero la rapidez de ese desfile y la circunstancia de no haberse fijado con atención más que en el Zarco, que fué quien la cautivó desde entonces por su gallardía y su lujo, impidieron que pudiese distinguir á ningún otro de aquellos hombres.

Después, retraída en Yautepec, y encerrada, justamente por el miedo que tenía doña Antonia de que fuese vista por semejantes facinerosos, Manuela no había vuelto á ver á ninguno de ellos, pues cuando habían llegado á entrar de día en la población, había tenido que esconderse, ya en el curato, ya en lo más oculto de las huertas, en donde la gente se preparaba escondrijos, en los que permanecía días enteros hasta que pasaba el peligro.

Así, pues, no conocía á los bandidos más que de oídas, ya por los relatos seductores que le hacía el Zarco, entremezclados, sin embargo, de alusiones á peligros pasajeros, que, lejos de asustarla, la causaban emociones punzantes, ó ya por las terríficas narraciones de la gente pacífica de Yautepec, abultadas todavía más por doña Antonia, cuya imaginación había acabado por enfermar.

Dé estas noticias tan contradictorias, Manuela,

con una parcialidad muy natural en quien amaba á un bandido, habíase formado una idea siempre favorable para éste y ventajosa para ella.

Pensaba que el terror de las gentes exageraba los crímenes de los *plateados*; que con la mira de inspirar mayor horror hacia ellos, sus enemigos los pintaban como á monstruos verdaderamente abominables y que no tenían de humano más que la figura; que la vida de crápula constante en que se les suponía encenagados cuando no andaban en asaltos y matanzas, no era más que una ficción de las gentes, aterradas ó llenas de odio; que los suplicios espantosos á que condenaban á sus víctimas no eran más que ponderaciones á fin de infundir pavor y arrancar dinero más fácilmente á las familias de los plagiados.

Ella creía que el Zarco y sus compañeros eran ciertamente bandidos, es decir, hombres que habían hecho del robo una profesión especial. Ni esto le parecía tan extraordinario en aquellos tiempos de revuelta, en que varios jefes de los bandos políticos que se hacían la guerra habían apelado muchas veces á ese medio para sostenerse. Ni el *plagio*, que era el recurso que ponían más en práctica los plateados, le parecía tampoco una monstruosidad, puesto que, aunque inusitado antes, y por consiguiente nuevo en nuestro país, había sido introducido precisamente por facciosos políticos y con pretextos también políticos.



De manera que, á sus ojos, los plateados eran una especie de facciosos en guerra con la sociedad, pero por eso mismo interesantes; feroces, pero valientes; desordenados en sus costumbres, pero era natural, puesto que vivían en medio de peligros y necesitaban de violentos desahogos como compensación de sus tremendas aventuras.

Razonando así, Manuela acababa por figurarse á los bandidos como una casta de guerreros audaces y por dar al Zarco las proporciones de un héroe legendario.

Aquella misma guarida de Xochimancas y aquellas árturas rocallosas de las montañas en que solían establecer el centro de sus operaciones los plateados, aparecían en la imaginación de la extraviada joven como esas fortalezas maravillosas de los antiguos cuentos, ó por lo menos como los campamentos pintorescos de los ejércitos liberales ó conservadores que se habían visto aparecer, no hacía mucho, en casi todos los puntos del país.

Todo esto había pensado Manuela en sus horas de amor y de reflexión y ya resuelta á compartir la suerte del Zarco.

Así es que la noche de la fuga, ella esperaba entrar en un mundo conocido. De pronto, la noche tempestuosa, la lluvia, la emoción consiguiente al abandono de su casa y de su pobre madre, que siempre le hicieron mella, á pesar de su pasión y de su per-

versidad, el verse ya entregada en alma y cuerpo al Zarco, todo esto la impidió comparar su situación con sus sueños anteriores y examinar á los compañeros de su amante. Por otra parte, nada había aún de extraordinario en aquellos momentos. Se escapaba de su casa con el elegido de su corazón; éste, caballero ó bandido, había tenido que acompañarse de algunos amigos que afrontasen el peligro con él y que le guardasen la espalda; he ahí todo. Ella no los conocía, pero le simpatizaban ya por el solo hecho de contribuir á lo que juzgaba su dicha.

Cuando obligados por la tempestad, tanto ella como el Zarco y sus compañeros, se refugiaron en la cabaña del guarda-campo de Atlihuayan, todos permanecieron en silencio y no echaron abajo sus embozos, de modo que así, en la obscuridad y sin hablar, Manuela no pudo ni distinguir sus fisonomías ni conocer el metal de su voz. Algunas palabras en voz baja, cruzadas con el Zarco, fueron las únicas que interrumpieron aquel silencio que exigía el lugar.

Pero cuando á las primeras luces del alba, y llamada ya la lluvia, el Zarco dió orden de montar, Manuela pudo examinar á los compañeros de su amante: siempre embozados en sus jorongos, siempre cubiertos hasta los ojos con sus bufandas, no dejaban ver el rostro; pero su mirada torva y feroz produjo un estremecimiento involuntario en la jo-